

CONTESTACION AL DISCURSO DE INGRESO COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DEL DR. D. EDUARDO AGÜERA

MANUEL MUÑOZ MARTÍN*

Perdonen y permítanme que lea sentado estas cuartillas y no de pié en el atril, como sería lo normal, pues mis estructuras ya no soportan ni los kilos, que no los tengo, ni los noventa octubres que pesan sobre las mismas y que sin duda, más pronto que tarde , empezarían a protestar.

Exmo. Sr. Presidente, Ilmos. Sres. Académicos, amigos que habéis tenido la amabilidad de acompañarnos en este acto.

Mientras escuchaba con la máxima atención las magníficas palabras con que nuestro recipiendario desgranaba su discurso pensaba, qué pensamientos, vive Dios, más absurdos, que hasta hoy, los que nacimos a la Profesión, hablo de mí, a la sombra de aquel caballo de cartón piedra que don José Martín, al que recuerdo con afecto, tenía en su recién estrenada pero no terminada cátedra, hablo del edificio, ocupado en su mayor parte por los militares de enfrente, y no terminado, digo, porque los pelones de aquel primer curso todavía nos sentábamos en los bancos de madera que unas fechas antes ayudamos a traer de la vieja Escuela para que empezara, por fin, a andar la nueva casa; que hicimos la mili en aquellas entonces inhóspitas estepas de Montejaque a lomos de caballos sin raza especial, mal encarados por mal tratados, procedentes la mayor parte aún de la Guerra; y que años después, con estrellas en la bocamanga de nuestro atuendo militar, sigo hablando de mí, estuvimos al frente

* Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Veterinarias de Andalucía Oriental.

de hospitales de ganado establecidos en tierras que no eran nuestras, de las que nos echaron años después; pensaba, repito, que hasta hoy y en esta feliz circunstancia, después de haber superado estos tres escalones y en el primer, segundo y tercer estadios del primero, después de haber obtenido las máximas calificaciones que a un alumno se podían conceder, pues ya lo sabía todo, o casi todo, de lo que de nuestro bello semoviente se podía saber, incluídas, naturalmente las rutas que siguió el nuestro andaluz para convertirse en el autóctono de su raza, hasta hoy, en esta feliz circunstancia en la que por el ofrecimiento de nuestro Presidente he tenido la oportunidad que nunca pensé me podría caer y que nunca le estimaré bastante, después repito, de oír las palabras que con la humildad del sabio y el aplomo del que domina tanto el lenguaje como la ciencia, ha venido a demostrarme que si algo sabía acerca de esta cuestión, no era por mi mérito sino consecuencia del desconocimiento de quienes en alguna ocasión tuvieron la paciencia y quizás el valor de oírme. Por eso decía aquel sabio cuyo nombre ya se me fue de la memoria, que la ciencia es tanto más atractiva cuanto más ignorante de ella es quien con sed y con fe la recibe.

Añadir, pues, cualesquiera palabra para envolver ideas a las tan sabiamente pronunciadas por nuestro Maestro, aunque fueran del mismo talante pero nunca de su calidad, además de ser algo así como un aberrante atrevimiento, sería como navegar en un proceloso y espeso mar de ideas del que intuyo me había de ser difícil salir indemne cual pretenden los que de allende de otras tierras, en débiles barcazas tratan de buscar sobre las olas un mejor acomodo entre nosotros. Sí debo añadir, si me lo permitis, que no hace mucho leí, no sé dónde ni de qué pluma destilado, porque mi memoria ya es tan frágil como la promesa de un político, que un coetáneo de Felipe II, luego que éste dispusiera crear en la ciudad de los Califas el gran centro para la concreción de nuestro caballo tipo, uno de los tantos atrevidos que con tan escasos títulos como con descarado desparpajo pululaban por los medios, apuntó que este caballo andaluz que el Monarca quiso que fuera la base del nuestro y que defiende y proclama nuestro desde hoy brillante Académico, provenía de no sé qué lares misteriosos y raras mixturas, teoría que como otras que se forjaron luego quedaron debidamente desacreditadas. Quisiera añadir, no creo que esto les canse a los malagueños, que si fue en la para mí siempre bella Córdoba donde el Rey mandó establecer el centro neurálgico de la formación de nuestro caballo, esta capital, Málaga, no quedaría luego desplazada de la atención de sus sucesores que en este sentido no sólo dispusieron la adquisición a los Propios de la llamada Dehesa del Prado y Fresneda en el término de Campanillas, sino la asignación de los caudales precisos para mantener un servicio de reproducción y cría que en algunos aspectos no se diferenciaría mucho del cordobés y que en algunos momentos mantuvo un

llamativo número de yeguas reproductoras. A este respecto, me consta porque hallé el documento oportuno que D.Fernando Ugarte Barrientos Méndez de Sotomayor, prohombre no sé si de la altura de don Diego López de Haro, nos dejó dicho en su testamento que *“desde hace 25 años soy Delegado de la Cría de Caballos, por cuyo motivo, quiero y es mi deseo que cuando se haga mi entierro, concurran los caballos padres que existan en este Depósito, en pelo y sin bridas, sólo con cabezones de serreta, y sean llevados de mano cada uno por un palafrenero del Depósito, y los que falten, por soldados de Caballería, y después de ellos irán los de los Maestranes que hubieren en esta Capital, y después del féretro, un caballo de montar con montura y brida de gala, de todo lo cual se encargará mi albacea y querido amigo don Manuel de Piédrola”*.

Si yo tuviera la facultad del eximio artista, que por eso lo es, de plastificar las ideas y convertirlas en algo tangible agradable a los ojos de los demás, con las que en este momento tengo en mi cabeza y que por arte y magia de las palabras de nuestro Maestro han borrado las antiguas y poco válidas que antes tenía, no dudo que en un instante formaría un modelo animal de cabeza pequeña, ligeramente acarnerada y frente descarnada, ojos oscuros, arrogantes, orejas rápidas y vivaces, ollares anchos, cuello flexible y arqueado, grueso en su unión con el tronco y sumamente enjuto con la de la nuca, con algo de grasa donde nacen las crines, abundantes y espesas igual que la cola, con buenos aplomos, dorso corto, cruz destacada, grupa ancha y redonda, remos elevados, gráciles y elegantes como si no quisieran apoyarse en ninguna parte del suelo después de mantenerse bailando en el aire sobre ellos el mayor tiempo posible.

No esperéis, sin embargo, que pueda hacerlo, pues mi arte en este aspecto está tan distante como que rellenando con seis cruces aleatorias las oportunas casillas de un boletode la primitiva algún día llegara a conseguir un premio de primera categoría. Crines, repito, abundantes y espesas, tanto que ya era como una tradición a la mediación del XVIII, perseguida por la Autoridad, que los pescadores de la costa, desde Fuengirola a Torremolinos, subían por las noches hasta el Prado de Campanillas, que buena caminata hay, para subrepticamente descolar a las yeguas con el fin de utilizar las fuertes bridas de su pelos para fabricar las lienzas con que capturar peces de gran peso.

Tras la curiosa anécdota que antecede, quisiera decirles que para dar forma, alguna forma, a los pensamientos que en estos momentos cruzan mi mente, y así resarcirme de alguna manera de aquella mi incompetencia a la que antes me referí, deba recurrir a lo que otros personajes sin nombre, incluidos en este vasto complejo llamado pueblo, que con su fina capacidad de observación y sentido práctico conjuntaron ese inmenso conglomerado de saberes que con el nombre de refranes dejaron

para gobierno de los demás, que aunque de ellos se haya dicho que los refranes son herencia de segadores y gañanes, no hay ninguno que no diga verdad, y si hay uno que no, es porque dice dos. Y de esta que yo he llamado fina, y ahora más que fina, profunda capacidad de observación, el caballo, que a lo largo de los tiempos ha sido el inseparable compañero del hombre en la totalidad de sus afanes y avatares, no iba a escapar a esta penetrante mirada, y por esto debió acabar diciendo que en este mundo de cambalaches,

*quien compra de añojo y vende de eral, pierde el caudal,
y el que compra de eral y vende de utrero dobla el dinero,*

lo mismo que

*caballo sin espuela es igual que
barco sin remos ni vela.*

Y en ese doble y a veces hasta triple sentido de algunas de estas sentencias, no hay que olvidar que

*caballo que llevó los atabales,
no temas que ningún ruído los espante,*

o el que dice que

*quien tiene caballo y barragana,
mala noche y peor mañana,*

y, para terminar, que

*en sudor de caballo,
juramento de hombre
y llanto de mujer
no hay que creer.*

Dicho sea esto último con el debido respeto al bello sexo.

No es que aquí quede la cosa, pues en cuanto a las características de nuestro cuadrúpedo, ya sean aquellas que lo benefician como las que lo perjudican, la lista es por demás larga, aunque de ella sólo me voy a permitir relacionar aquéllas que en más o en menos complementan las que hace un momento he calificado como las esenciales de nuestro modelo; de modo que

el buen caballo, pie de pato y mano de gato,

y que tenga

el paso del cuervo y el pezcuezo del gallo.

O los que dicen que el buen caballo ha de ser

*ancho en tres, largo entres y corto en tres:
ancho de testera, pecho y cadera,
largo de oído, crin y pico,
y corto de sillar, cuartillas e ijar.*

Otros, más comedidos, dicen, que

*al buen caballo, doce cualidades le hallo,
tres de zorra ,tres de lobo,tres de dama y tres de asno*

y otros, sin más, completaban éstas añadiendo que

*de la zorra las orejas y la cola,
del borrico los cascos y el hocico,
del gallo el pezcuezo y el paso,
del lobo el ojo y el lomo,
y de la mujer el pecho, la cadera
y que deje montar al amo cuando quiera.*

No lo digo yo, lo dice el refrán, y si importancia en el refranero le dieron a las características citadas, no menos se asignaron a sus diferentes capas, relacionándolas, incluso, con su temperamento. Por eso decían que

*el alazán tostado antes muerto que cansado,
que por el caballo argel(*) no des un real por él
que el castaño oscuro corre por lo blando y por lo duro,
que el ruan muchos le loan y pocos lo han(**)*

(*) argel: calzado del pie derecho (**) ruan: pelo de varios colores.

lo mismo que el caballo hito y sin señal, que muchos lo quieren y pocos lo han, y volviendo a la fémína, ni caballo blanco ni mujer que se sienta en el tranco. Otros, en fin, eran más enérgicos en su criterio y decían ni overo ni rosillo ni alazán morcillo (rosillo, de tres colores, blanco, negro y castaño), y del overo, que a la puerta del albéitar o la de gran caballero. Más claro no se podía decir. En fin, todo quedaba reducido en este aspecto a decir que caballo sin tacha ni mengua aún no lo ha parido yegua, porque de todos los pelos, hay caballos malos y caballos buenos.

Importancia le dieron los hacedores de refranes al color de los cabos del noble animal diciendo que *caballo de buena andanza, calzado del pie de cabalgar y de la mano de la lanza, que el caballo calzón, de una bueno, de dos mejor, de tres malo y de cuatro peor, y en resumen que si de un pie es calzado, cómpralo con los ojos cerrados.*

En fin, amigos de mi mejor estima, como no es mi intención seguir mortificando vuestros oídos y menos aún acabar con vuestra paciencia con más cuestiones que sin duda por sabidas tenéis olvidadas, solo me queda para terminarlas dar la más cordial enhorabuena y bienvenida a nuestra Institución al Profesor Agüera, en la confianza de que de su calidad científica se han de seguir inmediatos beneficios para esta Academia, y a ustedes agradecerles la atención con que nos han escuchado.